
C A P Í T U L O X X

**De la llegada de Santiago a su tierra,
y general regocijo del pueblo con tal motivo**

A media legua de Mapiche, en el camino para Sanisidro, había una hacienda cultivada con esmero, desde la cual se divisaban el campanario de la iglesia y los techos de las casas de la villa, por entre los ceibos y guamos que daban sombra a ricas y extensas arboledas de café.

Una poética callejuela, formada por dos hileras de naranjos y astromelias, servía de entrada a la casa, que era muy hermosa, con patio enclaustrado, de anchos corredores, sostenidos por pilares de madera, que ora servían de graneros en tiempo de cosecha, ora de sitio de recreo para grandes y chicos, cuando estaban vacíos.

El pródigo papayo, cargado de frutos, con sus humos de gentil palmera, cabeceaba por encima de las matas de rosa y de jazmín que había alineadas en el patio, el cual estaba atravesado por un cequíon torrentoso, que parecía un verdadero arroyo, abundante y cristalino, en cuyos bordes crecían, desordenados y viciosos, los claveles, los pensamientos, las violetas y multitud de florecillas de jardín.

Las seis de la tarde serían, cuando salió de la hacienda una joven de porte esbelto, no obstante la sencillez de su traje de campo: daba la mano a dos niños, que pugnaban por escapársele, para correr libremente, cuando se vieron fuera de la puerta de entrada, en la pintoresca callejuela de los naranjos y astromelias, la cual terminaba en el camino nacional de Sanisidro a Mapiche, de modo que los viajeros podían verla al paso en toda su extensión.

La joven eligió la sombra de un naranjo, en cuyo tronco había una gran piedra que servía de escaño, y dio libertad a los niños.

—Ahora sí, mientras es la hora de comer, pueden jugar aquí, pero cuidado con salirse de la callejuela, porque los acuso con mi mamá.

Los chicos se apretaron sus sombreritos de paja, montados en sendas cañas, dando gritos de contento, y partieron a escape a lo largo de la callejuela, por la cual transitaban a aquella hora los peones de la hacienda, unos cargados de frutos, otros de herramientas, y otros guiando los fatigados bueyes, todavía enyugados, que volvían de la labranza.

La joven sacó hilo y aguja del bolsillo del delantal, y se puso a tejer: su edad no pasaba de veinte años, y en su semblante había encendido Dios esa llama misteriosa que conocemos con el nombre de simpatía, llama que atrae instantáneamente, aun antes de que podamos apreciar las otras prendas de una mujer. Los peones, hombres y mujeres, la saludaban al paso con respetuoso cariño: era la perla de la hacienda y el paño de lágrimas de las pobres campesinas, que acudían a ella de preferencia, seguras de hallar siempre una tierna y amable protectora en sus cuitas y trabajos.

Tal era María, a quien ya conocemos, la cual vivía con sus padres en aquella hermosa y apacible mansión de la virtud y del trabajo. D. Luis, su padre, era la pasta de la sencillez y la hombría de bien: sus aspiraciones, sus gustos, sus penas, todas sus facultades físicas y morales estaban vinculadas en el campo. El extremo del mundo era para él la última cerca de alambre de sus potreros.

El sol besaba con sus postreros rayos las cimas de los montes más empinados; el aire tibio de la tarde olía a azahares y jazmines en la callejuela de naranjos y astromelias; las aves ocultas entre el follaje, modulaban su último canto: era la hora del crepúsculo.

María, inclinada sobre el tejido, cantaba a media voz. De pronto, el enorme mastín de la casa, que se había echado a sus pies, se levanta, latiendo ruidosamente, a tiempo que los niños, casi asfixiados por la carrera, llegaban gritando:

—¡Un viajero! ¡un viajero!...

Un jinete entraba en aquellos momentos por la callejuela: la mula en

que venía caminaba con lentitud, no obstante los esfuerzos del viajero para hacerla apurar el paso.

María se levantó inmediatamente y contuvo el perro. El jinete, a pocos pasos de la joven, dio un grito de gozo inmenso, y se tiró de la mula, corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

—¡María! María!...

La joven se había quedado absorta, como clavada en el suelo, con los ojos extremadamente abiertos e inmóviles. Se escapó el tejido de sus manos, y un temblor nervioso sacudía su cuerpo de pies a cabeza, como sacude el viento la débil hoja de un árbol.

—¡María! ¿No me conoces?... ¿Qué te pasa, Dios mío? ¿Estás enferma?...

La joven lanzó entonces del fondo de su corazón un grito agudo, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas, y se precipitó en los brazos del viajero.

—¡Santiago!... Bendito sea Dios! ¡Ah, también la alegría puede matar!

Los chicos continuaban alborotando la casa con sus gritos, y el perro latiendo furiosamente, de suerte que en breves momentos toda la familia y servidumbre de la hacienda rodeaban al ahijado del padre Juan, cuya historia tenía para aquellas almas sencillas mucho de novelesco y extraordinario.

Lo miraban de hito en hito, le hacían mil preguntas atropelladamente, sobre su largo destierro, sobre su salud y retorno: en fin, por mucho rato Santiago estuvo en los brazos de aquella familia, que era también la suya. Nada había cambiado en la casa de D. Luis desde su separación, excepto los niños y niñas, a quienes encontró muy grandes, y María, cuya hermosura no se cansaba de admirar.

Santiago pensaba seguir a Mapiche aquella misma tarde, aunque llegase de noche, pero se le opuso toda la familia.

—De ninguna manera —dijo doña Paula— porque mi hermano no está prevenido, y tu llegada allá de sopetón podría causarle daño, cuando no hay necesidad de tanto apuro.

—Pero mañana será lo mismo.

—No, porque ahora mismo se le despacha un peón con el aviso de que tenemos buenas noticias, y que muy pronto llegarás.

—Qué peón ni qué pan caliente —dijo D. Luis— aquí está el hombre de las circunstancias, como llovido del cielo.

Era tanta la confusión y ruido de voces que había en el patio de la hacienda, donde ocurría esto que no advirtieron por el momento en la llegada de otro personaje, que parecía seguir los pasos de Santiago, que había dejado su caballo en la callejuela, y entrado al patio con cierta cautela: era un hombre como de cuarenta años, de rostro franco y picaresco, que vestía a la usanza del país.

Cuando D. Luis advirtió su llegada, todos volvieron los ojos hacia la puerta, incluso Santiago, quien se adelantó en el acto, para echarse en los brazos abiertos del recién llegado que lo levantó en el aire como una pluma, dando gritos de gozo.

—¡Yo te creía muerto, muchacho!... ¡Qué contento para todos! Esta es mano de quemar el pueblo a música y cohetes.

—¿Y cómo supo tan pronto mi llegada?

—Por el correo de las brujas: para algo debe servirme la vigilancia a que estoy obligado como alcalde.

—¿Es usted el alcalde? —le preguntó Santiago con gratísima sorpresa.

—A falta de hombres buenos, estoy ahora con la vara en la mano, y a ello debo hallarme aquí en tu llegada, pues desde aquella loma, donde por casualidad estaba, ví un viajero por el camino, me pareció forastero, pensé que podría traer noticias de la capital, tomé una vereda, le asenté las espuelas al potro, y aquí me tienes, pronto a llevarte a la grupa para ganarle las albricias al padre Juan y a la tía Romualda.

—No, Macario —dijo María— ya está dispuesto que Santiago se quede en casa hasta mañana.

—Sí —agregó D. Luis—, aquí no manda el señor Alcalde, sino yo, que soy el dueño de la casa. Santiago se queda, porque ya es tarde; y tú Macario, arreglarás allá las cosas de modo que mi cuñado el Vicario esté prevenido para esta gran sorpresa, y pueda recibir mañana a su ahijado y a toda esta casa, que se irá con él, si Dios no dispone otra cosa.

—Pues donde manda capitán, no manda marinero. Yo sabré hacer las cosas como me ordenan; y con la misma, me despido de ustedes, porque ya reviento por llegar a la villa con esta gran noticia.

Y Macario, con su carácter allanero y su ruda y simpática franqueza, se despidió alegremente de todos, dejando para último a D. Luis, a quien le guiñó los ojos de cierta manera muy significativa, que movió la risa y aprobación de todos.

D. Luis lo entendió al vuelo, y desapareció como por encanto, para reaparecer de nuevo con la clave del enigma en las manos: un garrafón y tres copas.

—¡Bravo! —exclamó Macario, mientras D. Luis servía— ¡A la salud de Santiago!

Y los tres cruzaron las copas y saborearon un ron viejo, que a ser apreciada su excelencia por el número de estrellas, como suelen hacerlo con el brandy, bien merecía ponerle encima toda la Vía Láctea. El garrafón pasó a manos del mayordomo de la hacienda, por orden de D. Luis, para que obsequiase a los peones, en gracia del fausto suceso que festejaban.

Pronto se oyó el galopar del potro de Macario, que se alejaba rápidamente de la hacienda, cuando ya en las casitas del campo brillaban las luces de! alumbrado y el fuego de las cocinas. María pidió permiso a Santiago, y se retiró un momento para ir a la cocina a reformar la comida, pues no era justo que se sirviese lo ordinario en ocasión tan singular.

La hermosa niña estaba radiante de alegría: sus ojos, húmedos por las lágrimas, brillaban intensamente. Parecían los reflejos de un sol oculto en el fondo de su alma: el sol de la esperanza, que volvía a alegrar su vida.

La noche cerraba a toda prisa, y era necesario atender al querido huésped, que traería hambre. Así fue que, mientras Santiago se despojaba de los arreos de viaje, y platicaba con los jefes de la casa, sobre tanto de contar que tiene un viajero, María iba y venía por dentro, de la despensa a la cocina, entorpecida por la propia impresión de su inmensa dicha, dando disposiciones aquí y allá, y tirando las hojas de las puertas y alacenas hasta dejar hecha y servida la comida, lo mejor que pudo improvisar, dada la premura del tiempo.

Para Santiago fue este recibimiento, tan familiar y expansivo, un verdadero bálsamo de consuelo. En la posada de Sanisidro había sabido lo que no esperó saber de boca de Chucho: que Lola estaba para casarse con Policarpo Zúñiga; y entonces se lo explicó todo. Su alma apasionada recibió una

terrible sacudida: estuvo a punto de alejarse otra vez de su tierra, y alejarse para siempre, pero lo detuvo el respeto y cariño entrañable de sus padres adoptivos, y el dulce recuerdo de María, su tierna compañera de infancia, que tenía puesto predilecto en su corazón.

Se concentró en sí mismo para estudiar su desventura. Por fortuna, él había sido en extremo reservado: sólo la buena Romualda era poseedora de su secreto. Podía, pues, echar tierra a aquella triste historia, borrarla de su corazón, si era posible, sin exponerse a las bromas y comentarios de sus amigos.

Triste y cabizbajo hizo la larga jornada de Sanisidro a la hacienda de D. Luis, donde su alma volvió a la alegría y la esperanza, entrando, digámoslo así, bajo el pórtico de una mansión adorable, en que ardían inextinguibles y fragantes, los suaves perfumes del verdadero afecto.

Dícese que toda comparación es odiosa, pero hay comparaciones inevitables, que están en la naturaleza misma de las cosas: Santiago, no obstante el júbilo con que recibía las cordiales y sencillas demostraciones de aquellos seres queridos, tenía una espina en el alma, y era natural que comparase uno y otro recibimiento: la evasiva de Lola, con el cariño entrañable de María; la rígida etiqueta de doña Ángela, con la tierna solicitud de doña Paula. Lágrimas silenciosas arrancaron a sus ojos estos diversos pensamientos, lágrimas de cruel desengaño, por una parte, y de gratitud profunda, por otra; lágrimas que fueron la eterna despedida de Lola, y la confirmación solemne del íntimo afecto que sentía por María, su fiel e invariable compañera, dechado de ternura y sentimiento.

Las siete de la noche serían, cuando Macario detuvo su brioso caballo frente a la casa del Vicario de Mapiche: la puerta estaba cerrada, según costumbre, pero el celoso emisario se allegó a una ventana y tocó: uno de los postigos se abrió en seguida.

—Buenas noches, señor Vicario.

—¡Hola! ¿Cómo que es Macario? ¿qué quiere el señor Alcalde a estas horas?

—Ganarle unas albricias.

—¿Albricias de qué, Macario?

—De Santiago, mi padre.

—¡Mi ahijado! ¿Has sabido algo?

—Mucho, mucho: el muchacho está bueno y ya en camino.

—¡Que ya viene!... ¡Loado sea Dios! ¿Y cómo lo has sabido?... ¡Romualda, Romualda, manda abrir la puerta! —gritó el Vicario, volviendo la cabeza hacia adentro, con la voz trémula por la sorpresa y la alegría.

—No se moleste, padre Juan: mañana vendré con más despacio a darle todos los pormenores de esta gran noticia. Por ahora, recójase a dormir tranquilo en la confianza de que le digo la verdad, y haga que Romualda se ocupe de prevenir lo necesario porque mañana va a tener mucha gente en la casa: viene D. Luis, doña Paula, María y toda la familia a ganarle también las albricias. Ellos son los que me mandan con esta embajada.

Macario, sin decir más, se despidió, dejando al Vicario en suspenso.

—¿Pero qué es mi amo, qué dice Macario? ¿Ha estallado ya otra revolución?

Estas y otras preguntas hacía la pobre Romualda al Vicario, quien continuaba asomado al postigo, hasta que vio perderse en la oscuridad a Macario, cuyo caballo sacaba chispas del empedrado de la calle.

—¡Bendito sea Dios, Romualda! Santiago ya viene ¡ah, el pobre muchacho!...

Las lágrimas no lo dejaron continuar. Las grandes impresiones, tristes o alegres, producen el completo mutismo en las personas sensibles: Romualda lanzó una exclamación indefinible, y se quedó mirando al Vicario llena de asombro, esperando oír la confirmación de tan fausta y anhelada nueva.

—¡Al fin te volveremos a ver, hijito del alma!... —dijo, por último, anegada en llanto, cuando el Vicario le contó lo que sabía.

—Hay que arreglarlo todo, Romualda, prevenirle su aposento, asear, componer y echar la casa por la ventana el día de su llegada. Es un gran favor que nos hace el cielo, devolviéndonos el muchacho.

—Ya había pensado en todo eso, mi amo, y ahora mismo voy a empezar a hacer lo que se pueda, pero necesitamos la ayuda de la niña María, que se pinta sola para estas faenas, porque yo no sirvo ya para nada.

—No tengas cuidado, que mañana vendrá, y si no fuera porque la noche está muy oscura, iría a casa de D. Gaspar, a prevenirlo también, para

que me ayude, porque no hay que contar ahora con Macario, que vive embargado con su alcaldía.

Aquella noche fue de grata impresión en la casa del Vicario, cuya servidumbre no pasaba de otra mujer rústica, que desempeñaba la cocina, bajo la dirección de Romualda, y de un sirviente para ver la mula y hacer las diligencias de calle.

En todo el pueblo circuló la nueva del regreso de Santiago. Macario, aparte su alcaldía, era todo un cacique, uno de los hombres más populares e influyentes de Mapiche. Su oficio principal era el de sastre, y decimos principal, porque según acontece en los lugares pequeños, era hombre que se aplicaba a todo, desde sacristán y corista en la Iglesia, hasta capitán efectivo de las milicias del pueblo. Hacía, pues, de sastre, de barbero, de picador y veterinario; de agricultor y trapichero, pues tenía siembra de cañas y un trapiche de bueyes, lo cual no le impedía atender una pulpería, y redactar, por los viejos formularios españoles, cualquier acto entre vivos o de última voluntad. Con esto, y con un carácter alegre, franco e insinuante, y ser pariente y compadre de media población, podrá valorarse su importancia e influjo en el pueblo: dicho se está que en política era Macario una de las figuras culminantes de Mapiche.

Al otro día muy de mañana, cuando el padre Juan volvía de decir misa, el Alcalde lo estaba esperando en la Vicaría, lo abrazó estrechamente y le comunicó el regreso de Santiago, que llegaría de un momento a otro, con toda la familia de D. Luis.

No es para descrito el alborozo del Vicario y de su ama de llaves. La casa empezó a llenarse de gente. La expectativa era grande. De pronto se oye un gran tropel en la calle; todos corren a asomarse por las puertas y las ventanas: son los viajeros, que llegan entre gritos de gozo, exclamaciones, saludos, relinchar de caballos y carreras de niños. Luego, unos instantes de silencio: era el momento en que Santiago caía en los brazos temblorosos del Vicario y de Romualda, abrazo mudo, prolongado y conmovedor que hizo verter lágrimas a casi todos los presentes.

A partir de aquella hora, la casa fue un jubileo. Las familias del lugar, advertidas desde la noche por el diligente Alcalde, empezaron a enviar sus

saludos. y regalos. Cestas, azafates y bandejas, con pan, dulces, frutas, tortas, pasteles y otros bastimentos. Macario había organizado a maravilla estas sorpresas. ¿Cómo podría el padre Juan, falto de recursos y de tiempo, prevenir estas cosas? La actividad del Alcalde y la benevolencia de las familias atendieron con demasía a esta necesidad.

El recién llegado era objeto de la más viva y cariñosa curiosidad. Sus viejos camaradas de escuela y de taller, las personas más allegadas al Vicario, todo Mapiche, en fin, quería ver y saludar al joven que de tan luengas tierras venía.

En el almuerzo, que fue un verdadero banquete, reinó la más franca cordialidad; y los que mayor animación le comunicaban, por su carácter alegre y expansivo, eran Macario y D. Gaspar, personas de gran confianza en la casa. Al levantarse de la mesa, en un momento en que éstos se vieron reunidos con Santiago y María, que conversaban solos en el ángulo de un corredor, Macario le dijo a la joven con mucha seriedad:

—Te pido perdón, María, por un olvido involuntario. De seguro que estás quejosa, y con mucha razón.

—¿Quejosa de qué, Macario?

—Tú, qué vas a confesarlo; pues de no haber despachado anoche mismo un peón al Granadillo, para que tu gusto fuera completo.

—¡Ah! ciertamente —dijo D. Gaspar, adivinando la intención de Macario— falta el representante del Granadillo en esta fiesta: media palabra habría bastado para que tuviésemos aquí a Nachito, aunque puedo jurar que ya está en camino. ¿No es verdad, María?

—¿Nachito Rodríguez? —preguntó Santiago al punto.

—El mismo que viste y calza...

—¡Por Dios, Santiago! no les creas nada, —dijo la niña encendida como una amapola.

—Es un muchacho muy devoto: camina dos leguas todos los domingos para venir a oír misa a Mapiche.

La pobre niña estaba en ascuas; Santiago, pensativo; y Macario y D. Gaspar, en carcajada, viendo el cortamiento de la niña, a quien siempre daban bromas de esta especie, aunque nunca la habían visto tan confusa y atribulada como en esta ocasión.

Desde la temporada que pasaron María y Lola en el Granadillo, Nachito, de la misma edad de Santiago, y amiguito de éste, había puesto sus ojos en María, y desde entonces la pretendía con alma, vida y corazón.

Esto no había sido un secreto para Santiago, pero, sin saber por qué, ahora no le cayeron bien las bromas que en tal sentido le daban, y menos aun el visible cortamiento de ella, que para salir del paso, optó por dejarlos solos, so pretexto de ir a reunirse con varias jóvenes amigas, que estaban de visita en la casa y la esperaban.

Nachito era hijo del capitán Rodríguez, temible caudillo del Granadillo, el que fomentaba las turbulencias de la aldea contra la villa. No había recibido el muchacho más instrucción que la primaria. Era bien parecido y valentón, pero, aunque rico en bienes de fortuna, era muy pobre en prendas de sociabilidad y cultura. Su afición predilecta era montar buenos caballos y tener la mejor cuerda de gallos de la comarca; su mayor gusto, domar un potro; su mayor desdicha, ver la derrota o muerte de uno de sus gallos sobre la arena del circo. Tal era el pretendiente de María, el cual se vino volando a Mapiche, tan luego supo la noticia de la llegada de Santiago, según lo había asegurado D. Gaspar: los enamorados son en extremo solícitos y puntuales en aprovechar cualquier motivo de cortesía o cumplimiento que los ponga en trato o roce con la familia de la que pretenden.

En la tarde del mismo día, Nachito hizo su visita de bienvenida a Santiago. María se retiró discretamente hacia el interior de la casa, a donde fue Macario, en pos de ella, riéndose del chasco del mozo para hacerle cargos y continuar la broma.

—Hoy es día propicio para arreglar ese matrimonio. Los viejos no lo quieren mal. Resuélvete, al fin, María.

—¡Por Dios, Macario, déjeme quieta! Yo no pienso en tal cosa. Tanto me embroman con eso, que Santiago va a creer que sí tengo algo con ese mozo.

En la tardecita, regresó D. Luis a su hacienda, con toda la familia; las visitas fueron minorando, a medida que entraba la noche; y por último, la casa del Vicario volvió a la apacibilidad y silencio de costumbre. Santiago halló su aposento tal como lo había dejado: todo estaba allí perfectamente conservado y en su mismo puesto. Pero su corazón sufría hondamente. ¿Dónde estaban las más caras ilusiones de su vida?... Una nueva espina vino

a clavarse en la mitad de su alma. Contra lo que era de esperarse, pasó una noche de insomnio y de tristes pensamientos. Lola lo había olvidado, y María... María era la misma, llena de gracias y encantos, que lo había cautivado desde el primer momento en que la volvió a ver, pero María amaba a otro, según lo había entendido por la escena descrita, y lo que no sintió años atrás, cuando se impuso de las pretensiones de Nachito, lo sintió ahora de una manera irresistible: contra ese amor se rebelaba todo su ser. En un instante veía deshechas sus nuevas ilusiones, y sumido otra vez su corazón en la tristeza de su secreto infortunio.